



LA INCIERTA ERA DE LA DESGLOBALIZACIÓN

Mario Laborie Iglesias. Coronel. Artillería. DEM

Durante las últimas cuatro décadas el término *globalización* se ha utilizado profusamente para explicar la magnitud, profundidad y escala de los procesos que, en el ámbito global, han transformado todos los aspectos de la vida humana, tanto en nuestra vertiente individual como al formar parte de las sociedades que poblamos el planeta. Estos cambios se han considerado irreversibles y, lo que es más importante, se ha defendido su carácter ventajoso para el conjunto de la humanidad.

Pese a ser un concepto impugnado desde distintos ángulos, la globalización ha favorecido a millones de personas que se han beneficiado de la intensificación de los flujos financieros y de bienes, así como de los extraordinarios avances

tecnológicos. Según el Banco Mundial, el mundo cumplió con el primer objetivo de desarrollo del milenio de reducir a la mitad para 2015 la tasa de pobreza registrada en 1990, logrado en 2010, cinco años antes del plazo previsto, de tal manera que más de 1.000 millones de personas han conseguido salir de la pobreza en este tiempo¹.

Sin embargo, las megatendencias que parecían regir el devenir histórico de la humanidad, casi de una forma determinista, están siendo alteradas por un conjunto de aparentes anomalías que están poniendo en duda los postulados de la globalización. La ralentización del crecimiento económico mundial, el avance del proteccionismo, las transformaciones inducidas por la tecnología y



Protesta obrera. Para sus detractores, la globalización es un fenómeno desigual y profundamente injusto



Los procesos globales encuentran resistencia en grupos que tratan de preservar su cultura o religión del influjo de la globalización

las convulsiones en el panorama de la seguridad internacional son algunas de las cuestiones que indicarían que la era de la desglobalización, con sus retos e incertidumbres, ya está aquí.

LA BRUSCA LLEGADA DE LA DESGLOBALIZACIÓN

La intensa crisis financiera y económica mundial iniciada en 2008 supuso un giro repentino de los acontecimientos mundiales. Aunque ya había sido largamente criticada por grupos minoritarios, paulatinamente se ha extendido la opinión de que la globalización no ofrece, en realidad, los beneficios que se le otorgaban. Para sus detractores, se trataría de un fenómeno desigual y profundamente injusto que solo beneficia a una exigua élite cosmopolita y que, además, fragmenta la cohesión interna de las naciones.

Algunos datos señalarían esta interrupción de la globalización. Desde 2012, el crecimiento del comercio global se ha reducido a menos de la mitad en comparación con la media anual de las últimas tres décadas. Para Roberto Azevedo, director general de la Organización Mundial del Comercio (OMC), «la dramática desaceleración del crecimiento del comercio es grave y debe servir como una llamada de atención. Es particularmente preocupante en el contexto del creciente sentimiento antiglobalización»².

Existen otros factores que contribuyen a la desglobalización. La propagación del proteccionismo, a largo plazo, es un riesgo de primera magnitud para la fortaleza de la economía mundial que se ha beneficiado del aumento del comercio y de la inversión. Desde 2009, los países del denominado «G20» han instituido más de 3.500 medidas proteccionistas y la Asociación Transpacífica y la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión parecen a punto de truncarse definitivamente.

Del mismo modo, los flujos de personas se han retraído, a pesar de la enorme oleada de refugiados con destino en Europa de los últimos años. Durante el período 2011-2015 las migraciones por motivos económicos han disminuido a escala mundial en torno a 12 millones de personas, lo que supone una reducción de cuatro millones respecto al ciclo quinquenal precedente³.

La tecnología, entendida por algunos como la panacea a todos los problemas, se ha convertido, en realidad, en una disrupción de los sistemas productivos tradicionales. Por lo demás, las respuestas políticas y sociales a los nuevos desarrollos tecnológicos no son tan lineales como se pensaba. En los primeros días de la globalización y de los avances tecnológicos se creía que se trataba de dos caras de la misma moneda. Dos décadas después de su creación, se hace evidente que la



pretendida inviolabilidad de la integridad de la *World Wide Web*, la muestra sin duda más tangible de la integración global, podría quebrarse.

Ciertos Estados consideran que los costes de la conectividad exceden de los beneficios de la globalización. Un estudio llevado a cabo en 65 países por la ONG *Freedom House* constata que una tercera parte de los usuarios de internet en el mundo están sujetos a censura⁴. Por ejemplo, el pasado mes de abril de 2016 EEUU clasificó el denominado «Escudo Dorado», cortafuegos impuesto por las autoridades chinas que bloquea decenas de miles de sitios web, como una barrera al comercio (8 de las 25 webs con más tráfico global no pueden ser consultadas en China). Las restricciones de acceso a internet reducirán, con toda certeza, la participación de estas naciones en la economía global⁵.

Por otra parte, los procesos globales han encontrado resistencia en aquellos grupos que tratan de preservar su cultura o religión original del influjo de la globalización (entendida como occidentalización o americanización), ya que provoca un sentimiento de pérdida de identidad y de rencor hacia las ideas foráneas. Así, la crisis de las ideologías ha tocado fondo. Lo más relevante es que las grandes creencias seculares tradicionales se están viendo sustituidas por otras de carácter religioso, cultural, lingüístico o étnico. Por consiguiente, el nacionalismo y la religión, dos factores polemológicos tradicionales, han vuelto (si es que alguna vez se fueron) con más fuerza que nunca.

El panorama de la desglobalización se complica ante la dificultad de pronosticar el futuro, incluso a corto plazo. La escala y dimensión de los fenómenos antes señalados, la multitud de factores y actores presentes, así como su profunda imbricación, complican extraordinariamente la realización de sólidas perspectivas. Algunas de las predicciones y tendencias que se daban por seguras meses atrás han sido truncadas por «cisnes negros» (un evento improbable pero que, de ocurrir, implica cruciales consecuencias). En otros términos, las fuerzas que constriñen las transformaciones son más débiles de lo que se creía y el mundo ha entrado en una era de cambio de largo alcance en la que el sistema global de la posguerra fría empieza a quebrarse.

Esta fractura va acompañada por el desgarramiento interno del tejido político, social y económico de

prácticamente todas las naciones desarrolladas. La integración global favoreció la acumulación de riqueza en manos de una escueta minoría. De acuerdo con un informe de Oxfam publicado en enero de 2016, el 1% más rico del planeta posee más riqueza que el resto de la humanidad combinada, y lo que es más destacable, esta acumulación aumenta a pasos agigantados⁶. Además, y aunque décadas de avances han sacado a millones de personas de la pobreza, principalmente en Asia, también han debilitado a las clases medias occidentales (incremento del desempleo y recorte de salarios), lo que ha agudizado el sentimiento antiglobalizador.

En estas sociedades avanzadas existen dudas sobre si los Estados y las instituciones internacionales pueden ofrecer soluciones a los problemas que se plantean. Los ciudadanos, a los que se les había contado que el progreso no tenía fin, piden responsabilidades a sus Gobiernos, que se ven incapaces de gestionar el nuevo contexto. Todo ello parece señalar cierto desmoronamiento no solo del modelo económico, sino también del político.

Las redes sociales sirven de cámara de resonancia de incontables opiniones, intereses contrapuestos y mentiras de todo tipo. El pasado mes de enero el Gobierno alemán anunció que llevaría a cabo una investigación sobre la difusión, sin precedentes, de noticias falsas en internet; y el portal Facebook va a añadir un aviso a las informaciones cuya veracidad esté en duda, con objeto de advertir a los usuarios de que pueden estar leyendo o compartiendo falsedades. El fraccionamiento y la desinformación de la opinión pública global debilitan la viabilidad de tener una perspectiva común y verídica sobre los acontecimientos mundiales.

Ante la incompreensión generalizada de la situación surge la incertidumbre sobre las medidas que deben ser adoptadas para garantizar los aspectos centrales del orden social. Se producen, en consecuencia, reacciones sociales imprevistas y aparentemente irracionales. Algunos Gobiernos ponen en marcha medidas que, aunque populares, no solventan los problemas de fondo, ya que no existen respuestas sencillas y contundentes a problemas complejos. Otros recurren a la demagogia, al *campanilismo* o a la xenofobia como instrumentos de legitimación. Estas narrativas, normalmente envueltas en aseveraciones totalmente falsas, influyen sobre una parte de la ciudadanía

más preocupada por lo emotivo que por lo fáctico. La realidad no importa. Lo crucial es la percepción que se tiene de las cuestiones planteadas, aunque esa percepción sea errónea.

De esta forma, el fin de la política, como la hemos conocido hasta ahora, es otro atributo fundamental de la desglobalización. Como múltiples eventos del pasado año 2016 señalar (por ejemplo, el resultado del *Brexit* y la elección de Donald Trump como presidente de EEUU). Lo «impensable» se ha vuelto práctica común y los «cisnes negros» rutina.

LAS IMPLICACIONES DE LA DESGLOBALIZACIÓN PARA LA SEGURIDAD INTERNACIONAL

Al igual que la globalización, las tendencias desglobalizadoras tendrán profundas implicaciones, algunas de ellas ya fácilmente perceptibles desde el punto de vista de la seguridad internacional.

El triunfo del eslogan «América primero», del electo presidente Donald Trump, puede significar la ruptura con décadas de «excepcionalismo» de la política exterior de la primera superpotencia del mundo y el fin de la creencia en el carácter indispensable del liderazgo estadounidense. A la vista de las declaraciones formuladas por el nuevo inquilino de la Casa Blanca, es muy posible que la nueva Administración de EEUU promueva cierto aislacionismo y renuncie a implicarse directamente en aquellos escenarios en los que sus intereses vitales no se vean amenazados. La intención sería mantener su posición hegemónica en el mundo al menor coste posible, aunque no sería descartable que, en caso de que se produjera una intervención militar, la aplicación del uso de la fuerza se efectuara sin las limitaciones actuales.

Al mismo tiempo, la crisis económica, el flujo incontrolado de refugiados y las debilidades del euro han puesto sobre la mesa las flaquezas de la integración europea. La crisis institucional y de confianza de los ciudadanos de la Unión Europea (UE) es de tal magnitud que la propia Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini, ha afirmado que «el propósito, incluso la existencia, de nuestra Unión está siendo cuestionado». El auge del populismo, el ascenso de los partidos de extrema derecha, algunas victorias electorales en



El presidente Donald Trump, que ha popularizado su eslogan «América primero»

Europa oriental y los resultados de los referéndums en el Reino Unido e Italia han socavado el apoyo al sueño de una Europa fuerte, unida y libre. El año 2017, en el que los principales Estados europeos celebrarán elecciones, será decisivo para el futuro de la Unión Europea.

Es obvio que la renuencia estadounidense y la debilidad europea no constituyen buenas noticias para el modelo de democracia liberal. No es de extrañar, entonces, que el sistema institucional multilateral parezca superado. El recurso a la mediación de las organizaciones internacionales ha sido menoscabado por los intereses particulares de los Estados más poderosos. Incluso las políticas occidentales para impulsar sus propios valores (intervención humanitaria, responsabilidad de proteger o promoción de la democracia) han perdido el favor de sus sociedades.

Para Mary Kaldor, las instituciones globales ya no son aptas para llevar a cabo el propósito para el que fueron creadas. La globalización y la «esclerosis del Estado Nación» han creado un «déficit de democracia sustantiva» (la capacidad



que tienen los individuos para influir o participar en las decisiones que afectan a su vida) en estas instituciones, por lo que es imprescindible llevar a cabo una profunda reforma⁷.

Parece como si las autocracias se encontrasen en mejor situación para luchar contra la incertidumbre desglobalizadora, aunque sea a costa de poner en duda el régimen de los derechos humanos universales. El ya citado informe de *Freedom House* afirma que, desde 2006, se ha producido un paulatino retroceso en los índices de libertad global, fundamentalmente en el imperio de la ley y la libertad de expresión.

No es de extrañar que, ante estas circunstancias, el orden mundial creado después de la Segunda Guerra Mundial esté siendo contestado tanto por «potencias revisionistas» como por grupos de ideología radical.

La hegemonía occidental ha provocado el resentimiento por parte de Rusia, China y otros poderes emergentes. Ante el repliegue estratégico norteamericano, cuyo liderazgo hasta el momento había coartado las opciones de los demás actores mundiales, estas naciones disponen de una inédita libertad de acción y tratan de aprovechar la coyuntura para revisar el orden internacional de acuerdo con sus preferencias.

Bajo la dirección de su presidente, Vladimir Putin, Rusia ha mostrado una firme voluntad de presionar en todos los frentes del tablero geopolítico mundial con el fin de defender sus intereses nacionales. En repetidas ocasiones, los dirigentes de Moscú han mostrado su disgusto con el papel secundario que EEUU y sus aliados han otorgado a su país tras la caída del bloque comunista y reclaman una revisión de la arquitectura internacional impuesta por Occidente.

Aunque teniendo en cuenta todo el abanico de instrumentos disponibles, la nueva política exterior de Rusia ha hecho del poder militar su forma de actuación predominante, el uso incondicional de la fuerza armada en su intervención en Siria hubiese sido impensable hace tan solo unos años. Igualmente, la crisis en las relaciones Rusia-Occidente, a raíz del conflicto en Ucrania, muestra cómo los intereses económicos y la cooperación en materia de seguridad internacional (paradigma globalizador) pueden ser sacrificados por motivos políticos, geopolíticos e ideológicos (paradigma desglobalizador).

Por otro lado, China ha comenzado a establecer una red de instituciones regionales paralelas con el objetivo de obtener una mayor independencia con respecto a las organizaciones internacionales tradicionales. Con este movimiento, el presidente chino Xi Jinping parece decidido a que su país se convierta en el nuevo líder de la globalización. Su asistencia a la reunión anual del Foro Económico Mundial (la primera para un presidente chino), su apoyo sin precedentes al nuevo secretario general de la ONU y su creciente participación en operaciones de mantenimiento de la paz señalan un punto de inflexión en la política exterior de Pekín⁸.

Sin embargo, China es precisamente uno de los actores fundamentales de la desglobalización. En la actualidad, el gigante asiático depende mucho menos de los mercados extranjeros para su crecimiento. Si hace diez años las exportaciones representaban un 37% del PIB de China, en la actualidad representan solo el 22% y la tendencia es a disminuir⁹.

Nunca en la historia el poder económico de un Estado ha estado desconectado de su poder político y del deseo de ganar influencia en el mundo. Por ello, durante décadas China lleva inmersa en un ambicioso programa de reforma de sus Fuerzas Armadas y sus presupuestos de defensa aumentan cada año. La posible creación de estructuras de seguridad, que permitan gestionar de manera multilateral las crisis y conflictos que puedan surgir en Asia-Pacífico, se encuentra fuera de la agenda exterior china.

En el ámbito doméstico, el nacionalismo se está utilizando como manera de aglutinar a la población en un momento en el que el crecimiento económico se ha reducido y se cuestiona, de manera incipiente, el poder omnipresente del Partido Comunista chino.

La desglobalización supondrá, asimismo, una agudización de la debilidad de algunos Estados. La desaceleración de la economía mundial puede socavar la estructura socioeconómica de países ya en dificultades e impulsar el aumento de las luchas civiles. Estas circunstancias serán aprovechadas por grupos criminales y de ideología radical. En particular, la lucha contra el yihadismo, tanto en el interior de las sociedades islámicas como en los países afectados por sus actos terroristas, no ha hecho más que empezar. Este conflicto persistirá



China, curiosamente, se ha convertido en uno de los principales actores de la desglobalización

mientras que el islam sea utilizado como único y extremo mecanismo de identidad colectiva por musulmanes de cualquier nacionalidad.

REFLEXIONES FINALES

En una entrevista ofrecida días antes de su toma de posesión como presidente de EEUU, Donald Trump afirmaba que los británicos votaron por la salida de la Unión Europea «para poder recuperar su identidad». Este es, sin duda, el principal rasgo de la desglobalización: el intento de retornar a representaciones colectivas primarias, aunque ello suponga una ruptura con el entorno y una palanca para el radicalismo.

Si Occidente en general, y EEUU en particular, han sido los grandes promotores de los procesos globales de integración, son ellos también los impulsores de la reacción contraria. Esta es una excelente noticia para las potencias revisionistas y los grupos extremistas violentos de toda índole.

Contrariamente a lo que algunos piensan, la desglobalización será incluso más injusta y desigual que los procesos integradores con los que, para mayor complejidad, compartirá algunos rasgos. Impulsados por el cambio climático, las contradicciones y desequilibrios mundiales existentes se agravarán y afectarán especialmente a aquellas sociedades más vulnerables.

En resumen, el panorama global emergente, plagado de sorpresas y fragilidades, estará dominado por una permanente incertidumbre a la que las agrupaciones humanas tratarán de

hacer frente refugiándose en las mismas ideas e instituciones políticas que han gobernado la historia a través de los siglos.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

- ¹ *Pobreza: Panorama general*. Banco Mundial. 7 de octubre de 2015.
- ² *Trade in 2016 to grow at slowest pace since the financial crisis*. WTO. 2016 Press Releases. 779. 27 de septiembre de 2016.
- ³ Sharmanov, R.: *When Borders Close*. The New York Times. 12 de noviembre de 2016.
- ⁴ *Anxious Dictators, Wavering Democracies: Global Freedom under Pressure*. *Freedom In The World 2016*. Freedom House.
- ⁵ Hammes, T.X.: *The end of Globalization? The international Security implications*. War on The rocks. 2 de agosto de 2016.
- ⁶ En la actualidad, las 62 personas más ricas del mundo tienen la misma riqueza que los 3.500 millones de personas más pobres. *Una economía al servicio del 1%*. Oxfam International. Informe 210. 18 de enero de 2016.
- ⁷ Kaldor, M.: *Our global institutions are not fit for purpose. It's time for reform*. WEF. 8 de julio de 2016.
- ⁸ Naim-Ul-Karim: *Xi's APEC speech hailed in Bangladesh as ushering in new era for Asia-Pacific, global growth*. Xinhua. 24 de noviembre de 2016.
- ⁹ Evenett, S, y Fritz, J.: *The Tide Turns? Trade, Protectionism, and Slowing Global Growth*. Global Trade Alert. 12 de noviembre de 2015. ■